

mille tube, che risuonano qua e là, non sedotti da vani allettamenti dai rumori di gloria, che vengono e vanno, il calore che feconda, la luce che rischiarerà sorgeranno, e l'opera d'arte avrà vita e il tremiteo dell'eterno.

ARTURO FARINELLI.

CARO RAZONADOR

Releyendo el estudio crítico de Merchán sobre el Sr. Caro, reproducido como introducción al tomo III de las obras del magno escritor colombiano, en la edición oficial dirigida con laudable empeño por Gómez Restrepo y Víctor E. Caro, paramos mientes en esta frase del literato cubano: "Lo que está muy bien demostrado en los artículos *Tejera y sus censores*, es que la fe ha sido, es y será una fuente, y copiosa, de inspiración para poetas y artistas"... Es decir, que para Merchán lo anteriormente expresado por Caro, *no quedaba muy bien demostrado*. Y eso no bien demostrado, al decir del crítico aludido, es nada menos que cuanto Caro expuso en relación con su creencia de que la poesía y las Bellas Artes decaen cuando falta el pensamiento religioso. Suspendimos la lectura de Merchán, para releer los artículos reunidos bajo el epígrafe *Tejera y sus censores*, en particular el tercero subtulado *La religión, base de la poesía*. No sólo nos pareció incuestionable la tesis expuesta por el Sr. Caro, sino que anotamos de paso una virtud que en él no habíamos visto antes con tanta nitidez: la fuerza y la claridad de su argumentación. El señor Caro es un razonador formidable, un talento milagrosamente dotado para la lucha en el elevado campo de las ideas. Nos vino entonces el deseo de poner de relieve esa cualidad espiritual tan brillante de nuestro eximio compatriota, siguiéndole a lo largo de aquellos de sus escritos en prosa que más ocasiones ofrecen para que luzcan sus eximias dotes para el raciocinio. Comenzaremos, por la argumentación usada contra Pérez Bonalde en los artículos escritos en defensa de D. Felipe Tejera, relacionada con la afirmación de que la poesía y el arte decaen cuando falta el elemento religioso.

Había expresado Tejera, en uno de sus *Perfiles*, que "conforme el corazón de un poeta descrece, su nūmen poético decae, porque ateísmo y poesía son términos que se aborrecen y excluyen". Pérez Bonalde, desde las páginas de *Las Novedades*, de Nueva York, condenó por herética en materia de arte tal doctrina, desde luego que las creencias religiosas y las preocupaciones de escuela desaparecen cuando se trata de arte. El señor Caro, penetrando al fondo mismo de la cuestión, razona de este modo:

Ora contemplemos el arte en general, y la poesía en particular, en sus condiciones esenciales, ora en las circunstancias en que se desenvuelve, siempre aparece ligada con la religión.

y más adelante:

Todo ideal es directa o indirectamente religioso, porque todo ideal es en sí mismo superior a la materia, y supone en quien lo concibe, una tendencia ascendente, una aspiración a lo infinito.

Cita en seguida la "confrontación luminosa" hecha por Pasteur en su discurso de recepción en la Academia Francesa, entre el criterio experimental que indaga verdades ocultas y el método materialista, positivista, que consigna simplemente hechos, y agrega:

Así como la hipótesis de lo "infinito", es factor, y factor religioso, del método científico, la aspiración a lo infinito es base de las creaciones poéticas, y base de carácter religioso aun más pronunciado, porque la poesía no es mera y fría especulación mental, sino culto de lo bello. El investigador científico, con interpretaciones atrevidas, se empeña en descubrir leyes ocultas; el poeta, con ímpetu gallardo, busca la belleza ideal por cima de las formas materiales de que ésta se reviste, y entreviéndola la adora. "Plus ultra" es el lema del uno: "excelsius" el del otro. Ambos reconocen la alteza de sus facultades y la escasez de sus conocimientos: sentimiento mixto de humildad y dignidad que es fundamento del espíritu religioso.

Apoya su afirmación en la autoridad de Newton, de Shakespeare y del químico Liebig, y sigue discurriendo con una soberanía y altura que recuerda el vuelo del águila entre las nubes:

La idealidad supone un mundo sobrenatural; tipos invisibles a que han de referirse las ideas de verdad que hemos adquirido, y las formas de belleza que conocemos. Las criaturas visibles son signos de pensamientos divinos: la creación, un libro simbólico, el poema de Dios; y aquel será más poeta, que mejor sepa traducir al simbolismo del lenguaje humano, el simbolismo del universo. Por esta razón el lenguaje de la poesía es eminentemente metafórico; y las artes en general se ejercitan en imágenes y ficciones llenas de significación honda: su objeto propio no es fotografiar, sino representar, simbolizar, acercándose más y más a los tipos eternos que se traslucen en las formas de la Creación.

Vuelve el señor Caro a recurrir a citas de escritores eminentes, pero no son citas mal olientes a pedantería barata, sino proyecciones luminosas en las que no se percibe el esfuerzo, ni la búsqueda intencionada, sino el recuerdo fácil de una lectura anterior, que acude a la memoria en el momento preciso y oportuno. Menciona pensamientos de Goethe, de Humboldt, de Lamartine, de Cantú, de Aristóteles y a continuación resume sus ideas en este párrafo, claro como el agua transparente, sereno como un pedazo de cielo azul, precioso como el engranaje de un reloj:

Y hoy, después que el cristianismo ha depurado y embellecido tanto el tipo ideal y moral del hombre, ¿hay quién ose decir que las creencias religiosas desaparecen cuando se trata de arte, o lo que vale lo mismo, que para ser buen poeta

o buen artista nada importa ser creyente o ateo? Pues venga, y crée una *Beatriz* como la de Dante, o pinte una *Virgen* como las de Murillo, quien se represente en su depravada imaginación a los hijos de Dios simplemente como a bípedos, modificación de monos. Lejos de desaparecer las creencias religiosas cuando se trata de arte o de poesía, reaparecen de grado o por fuerza; y quien haya tenido como hombre la desgracia de perder la fe, para mover la pluma como poeta se dará trazas de creer en algo, de esperar en algo sobrenatural. Habrá negado la santidad, y sin embargo, si canta la patria, dirá que su nombre es santo, y a sus altares llevará ofrendas, y hará la apoteosis de sus héroes; no esperará en la vida futura, pero hablará de glorias inmortales, y apostrofará a los seres cuya muerte lamente, como si existiesen en el mundo de las almas...

De nuevo se fundamenta en autoridades como la de Laprade, la de Max Müller, la de Macatlay, para deducir:

Así es que la poesía en su forma más natural, más pura y más gloriosa es épica o lírico-heroica, religiosa y patriótica, y no expresa las aberraciones de un individuo sino las creencias y los sentimientos de un pueblo: esa es la poesía de Moisés, y la de Homero, aquella por cuyo renacimiento suspiraba Quintana, sin esperanza de alcanzarlo en nuestros tiempos:

Yo, amigo,

Ya entonces no seré. Nunca mi acento
Hirviendo de entusiasmo, en grandes himnos
Se podrá dilatar que grata escuche
Mi patria, y en la pompa de sus fiestas
El coro de los jóvenes los cante,
El coro de las jóvenes responda...

Sigue diciendo el señor Caro, con palabras de Tejera:

Si la poesía para ser grande y apreciada, debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, los dolores y las alegrías de la sociedad en que vive: no cantar como el pájaro en la selva, extraño a cuanto le rodea y siempre lo mismo... Cuanto más ahonde, cuanto más penetre en las entrañas de un pueblo, tanto más estimada será, más sentida y menos disputada su influencia.

Y concluye el artículo contestando por anticipado las objeciones que Pérez Bonalde pudiera hacerle; es decir, adelantándose a los nuevos ataques de su contendor, para dejarlo cercado de razones irrefutables:

Cierto es que ha habido poetas incrédulos; cierto, también, que han alcanzado tal cual popularidad algunas poesías que han sido expresión de sentimientos egoístas, y no del "humanum" que, así a juicio de Tejera como en el nuestro, caracteriza a la verdadera poesía. ¿Y eso qué prueba en contra de Tejera y en favor de su zoilo? Nada. Tejera ha sentado principios generales, ha consignado una doctrina exacta en sí misma, cuando ha dicho que la fe es favorable a la poesía, y que el descreimiento le es nocivo. Los casos accidentales, excepcionales, extra-

ordinarios, no constituyen regla: si a ello nos atuviésemos, no habría principios ciertos en ciencia alguna, y habríamos de entregarnos a un escepticismo universal. Hay personas que viven largos años con penosas enfermedades crónicas, y no por eso hemos de afirmar que las enfermedades crónicas son perfecto estado fisiológico. No falta quien haya aprendido a tocar piano con los dedos de los pies, y de aquí no se sigue que las manos no sean medio natural de que nos ha dotado la naturaleza para pulsar ese u otro instrumento músico. Shelley, impío, y Byron, escéptico — aunque no lo fue tanto que no reconociese a la religión católica como la más hermosa de las religiones, y que no quisiera que su hija se educase en el catolicismo — Shelley y Byron, fueron poetas; pero ¡ay de los que con ser impíos o escépticos aspiran a ser nuevos Shelleys u otros Byrons! Su conducta será tan estólida como la de aquellos monjes que imitando a grandes santos solitarios sólo acertaban a dejarse crecer las uñas y la barba; o como la de quienes presumiesen ser perfectos, encaramándose a una torre, como San Simeón, o encajonándose en un chiribitil, como San Alejo, o — para volver al terreno literario — como la de los poetastros que imaginaron ser sucesores de Petrarca escribiendo empalagosos sonetos amorosos, o la de aquellos jóvenes ingleses que, según nos refiere Macaulay, por asemejarse a Byron pasaban horas enteras delante de un espejo contrayendo los labios y arrugando las cejas al tenor de su modelo. ¡Pobre del que para ser elocuente se procure una melena postiza como la de Mirabeau, o una calva ultra eclesiástica como la de Castelar! ¡Y mil veces desgraciado quien extraviado por algún caso particular, pretenda realizar en sí mismo la monstruosa asociación del genio poético, que vuela hacia el cielo, con la torpeza de corazón que niega a Dios!

La polémica con Pérez Bonalde continuó, y en sucesivos artículos, el señor Caro estudió concretamente cómo puede ser la religión base de la poesía y por qué el descreimiento implica decadencia, y las contradicciones y vaciedades de la crítica antirreligiosa, con superabundancia de ejemplos, de razonamientos precisos y contundentes, y en el sexto de sus luminosos estudios, concluye de este modo:

Apoiados en las razones expuestas y en las autoridades citadas, podemos rechazar con confianza, como falsa y funesta, la teoría de la "independencia absoluta de la poesía".

Las creencias, prácticas y sentimientos religiosos del hombre tienen necesaria influencia sobre la forma esencial de las producciones del poeta; la aspiración hacia Dios realza la belleza del pensamiento sublimándolo, así como el descenso a la incredulidad y la blasfemia, es de naturaleza antiestética; y tan estrechamente relacionadas están muchas veces la historia religiosa y la literaria de un escritor, que ésta no admite explicación si no se toma en cuenta la otra; y en estos casos nadie — excepto nuestro censor — habrá de negar a un crítico de conciencia, el derecho, que le asiste, de poner en su punto tales relaciones, examinando el objeto que se ha propuesto estudiar, no en una fase aislada o trunca, sino en toda su amplitud y profundidad.

Merchán, comentando estos artículos del señor Caro, no encuentra

objecciones sólidas para contradecirlos, sino la de que las excepciones a la regla general son muchas y por tanto al "lado de la regla primitiva se levanta otra u otras, tan limitadamente generales como ella, y según los rasgos comunes que se señalen en los individuos de cada uno de los grupos formados por las mencionadas excepciones; y la definición que antes se limitaba a abarcar fenómenos de la primera regla, debe modificarse en un sentido comprensivo de las otras". El Sr. Caro presentó como excepciones a Shelley, impío, y a Byron, escéptico, aunque éste concedía que la religión católica es la más hermosa de las religiones: *Merchán ha debido comenzar por citar nombres de grandes poetas o artistas que pudieran ser catalogados, como Shelley y Byron, en impíos y escépticos, y no limitarse a afirmar que las excepciones a la regla general dada por Caro son tan numerosas que constituyen nuevas agrupaciones con reglas propias.*

El señor Caro al afirmar que el sentimiento religioso es necesario para la poesía y las artes, no se circunscribió, con ser él tan firme católico, al sentimiento religioso católico, sino al sentimiento religioso en general, y tan es ello así, que entre sus citas aparecen nombres de grandes poetas paganos, como Homero y como Virgilio. Caro sostuvo, y probó, con argumentación inobjetable, que sin la base de un espiritualismo que dé alas a la inspiración es imposible ejecutar obras maestras de poesía o de arte en general. *Merchán contradice, y se cae desde el primer paso, por falta de ejemplos como los que aduce su criticado. Hágase hoy la lista de los poetas impíos, óigase bien, impíos o escépticos, que hayan alcanzado las serenas cumbres de la inmortalidad y será muy corta. Estrellas pasajeras que llenan con su escasa luz los ámbitos de una época, que consiguieron los aplausos, a veces frenéticos, de sus contemporáneos, yacen hoy olvidados y eclipsados por otros que les han sucedido y a quienes la actualidad proporciona la aureola del momento.*

Shelley y Byron, todavía en vida del señor Caro, llenaban con las últimas resonancias de su estro el ámbito literario del mundo: pero el primero, hoy, con todo y ser uno de los grandes líricos ingleses, apenas es leído en Inglaterra, y en los cenáculos de literatos de gran cultura; para el resto de la humanidad o es desconocido o representa un cuarto de página en los textos de literatura universal. Y de Byron, ocasionalmente recordado ahora por las modernas escuelas poéticas, nada más oportuno para el caso de esta disputa del señor Caro, que aquel breve y acertado juicio de don Ramón de Campoamor, que a la vez refuerza la tesis sostenida por el eximio polígrafo colombiano:

Cuando a la belleza se junta algún objetivo, cuando una línea o palabra determinan y recuerdan lo infinito, haciendo el arte trascendental, entoces es verdaderamente divino. Espanta el pensar lo que hubiera sido un tan gran poeta como Byron sí, con propósito deliberado, a sus pasmosas concepciones personales les

hubiera dado puntos de vista generales, en los cuales se hubiera entrevisto lo infinito¹.

Con lo cual queda dicho que Byron, por no haber tenido una fe firme, una creencia religiosa que diese altura a su pensamiento, no alcanzó a ser un máximo poeta como Dante, como Shakespeare, pongamos por caso.

Pocos años antes de que Caro naciera, Tomás Carlyle había explicado en Londres, en una de sus conferencias sobre el culto de los héroes, la teoría de la predestinación del poeta, como la del profeta que en muchas lenguas antiguas se designaba con la misma denominación de *vates*, para penetrar en el sagrado misterio del universo, "misterio divino que está por todas partes en todos los seres, 'la idea divina del universo', aquello que yace, según la definición de Fichte, en el fondo de la Apariencia". Por eso para el crítico y pensador inglés, no puede haber poesía sin participación del "divino misterio que está en todos los tiempos y lugares"; por eso para él sólo Dante y Shakespeare han reunido la plenitud de las facultades del héroe como poeta, porque uno y otro recibieron el soplo inspirador de la religión. Y no de una cualquiera religión sino de la religión cristiana, superior al paganismo para simbolizar la "ley humana del deber, la ley moral del hombre", y dentro de la religión cristiana, del Catolicismo, cuyo influjo guió el genio de Dante y produjo a Shakespeare, a pesar de las actas del parlamento y de los Enriques y las Isabelas empeñados en desarraigarlo del corazón de Inglaterra.

Con este primer ejemplo de los razonamientos de Caro, se ponen en evidencia la claridad, la fuerza probatoria y el método admirable de que hace uso, cualidades que no siempre se hallan juntas en un escritor; porque solemos encontrar algunos notables por el brillo de las imágenes de que se valen, por la rotundidad de los períodos, por la fuerza con que presentan deducciones tocadas de falacia o paralogismo, que nos impresionan y seducen de improviso, pero a quienes advertimos fallos a poco que meditemos sobre sus argumentaciones. En Caro nada falta de lo que la lógica más exigente reclama para concederle pleno asentimiento al raciocinio: jamás se le encontrará en la desairada posición del sofista embaucador. Su raciocinio es siempre perfecto: premisas sólidamente asentadas sobre el cimiento de la verdad, proposiciones claras y exactas que sirven para comparar los extremos con el medio y conclusiones deducidas legítimamente de aquellas comparaciones y premisas. En vano buscaríamos en sus escritos los procedimientos torcidos de que se valían Heródico de Selibria, Agatocles de Atenas, Pytóclides de Ceos o Protágoras de Abdera para, ofuscando momentáneamente las inteligencias, dar la apariencia de la verdad a las mayores y más desconcertantes falsedades. Caro no fue

¹ RAMÓN DE CAMPOAMOR, *Poética*.

nunca "un mercader de todas las cosas de que se alimenta el alma", según la definición que del sofista hizo Sócrates, sino el educador sabio y honesto que proporcionaba el preciso alimento y en la proporción suficiente para que pudiese ser asimilado.

Pero sigamos espigando en el copioso campo de sus obras. Dejemos por ahora lo puramente literario, para considerar otros aspectos de aquella poliforme inteligencia. En *San Cirilo de Alejandría*, ensayo estimado unánimemente por voces autorizadas como un modelo de crítica, Caro hace resplandecer sus extraordinarias facultades para el raciocinio. Demos algunos antecedentes del asunto. Habíase publicado en España, con el elogiástico prólogo de Nicolás Salmerón, la obra del profesor neoyorquino Juan Guillermo Draper, titulada *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*, lo que ocasionó en nuestra Madre Patria, en las filas de los enemigos del catolicismo, el mismo desproporcionado entusiasmo que había producido en otros países de Europa. En 1878 fue reimpreso el libro en Bogotá por D. José Benito Gaitán, con un nuevo prólogo del doctor Murillo Toro, en el cual decía éste ser necesario poner al alcance del pueblo, libros como los de Draper, "que contengan la síntesis de la ciencia e iluminen tantos cerebros sumidos en las tinieblas de la ignorancia y del fanatismo". Algo menos de lo contenido en el aludido escrito de Salmerón. En el libro de Draper, que fue leído con furor por los perseguidores de la Iglesia en Colombia, se hacen graves inculpaciones a San Cirilo de Alejandría, pintándosele como un frío y sanguinario exterminador de judíos y paganos. Se puso de moda hablar mal de San Cirilo, a pesar de los catorce siglos que mediaban entre la época de éste y la que estaban viviendo sus modernos detractores. No parecía sino que el santo patriarca de Alejandría fuera un nuevo tirano Aguirre a las puertas mismas de nuestra patria. El señor Caro saltó a la palestra de la imprenta con un magistral estudio, modelo de orden en las ideas, de sorprendente erudición en historia de la Iglesia y de implacable crítica de los errores, tanto del profesor neoyorquino, como de su modelo e inspirador, el historiador inglés Gibbon.

Comienza Caro por investigar las fuentes primarias de la biografía de San Cirilo, y halla a Sócrates el Escolástico, débil continuador de los anales eclesiásticos de Eusebio; y a Severo, historiador arábigo del siglo x, a quien según Gibbon "no se puede prestar fe, salvo que los hechos lleven en sí mismos caracteres de evidencia"; "no es dado, por tanto, expone Caro, conocer la vida de San Cirilo sino a grandes rasgos, siendo oscurísimos los incidentes con que se la ha querido dramatizar. De ella sólo consta de un modo cierto y preciso por las actas originales de los concilios y por copiosos documentos eclesiásticos, todo lo referente a sus controversias religiosas, y al desenvolvimiento externo del dogma católico, el celo ardiente, infatigable, que desde su elevación a la silla patriarcal de Alejandría, como digno y

no lejano sucesor de San Atanasio, desplegó en defensa de la pureza de la doctrina católica, que había bebido en la tradición apostólica, de los labios de sus maestros, y en la asidua lectura de los escritos de San Clemente, San Dionisio, San Atanasio y San Basilio, durante sus juveniles años, que pasó en el desierto, en los monasterios de Nitria, entregado a la penitencia y al estudio". "...La historia de este Patriarca, está, por tanto, — sigue enseñando Caro — íntimamente ligada con la del dogma, y razonable y provechosamente, sólo ha de escribirse como página de historia eclesiástica, o bien como ilustrativo preámbulo de la doctrina de la Encarnación en la teología dogmática". Y como prueba irrefutable de este juicio, añade en una nota que "así la escribió Petavio en su monumental obra *De theologicis dogmatibus*... y abreviadamente Hottzclau, en la teología de los Wirceburgenses..." Porque "no se puede poseer ciencia alguna sin el auxilio de la historia de la ciencia misma".

Toda otra tentativa biográfica sobre San Cirilo ha de caer, necesariamente, en la leyenda o en notoria falsedad. Draper, al hablar de San Cirilo en su mencionada obra *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*, careciendo de ilustración suficiente para beber en las únicas y reales fuentes de la biografía del santo patriarca de Alejandría, no hizo sino seguir a Gibbon en su libro *Historia de la decadencia del Imperio Romano*, y este autor inglés, en quien Caro reconoce "un sabio y clásico historiador", sacó de sus "términos propios" la figura de aquel extraordinario personaje eclesiástico para darle nueva vida e interés dramático en el cuadro general de su obra. A vuelta de dos páginas Caro ha demostrado la ignorancia de Draper en cuestiones relativas a la historia de la Iglesia, lo ha señalado como un copista de Gibbon, dejando de paso comprobado que la deficiencia de fuentes fidedignas sobre la vida de San Cirilo de Alejandría, no permite fantasear, sino colocarlo debidamente en el medio de controversias y luchas por la integridad y pureza de la doctrina de la Iglesia en la cual él se movió. Sólo a "eruditos orientalistas o a hagiólogos tan minuciosos y eruditos como Bolandes" les estaría permitido investigar la verdadera biografía del impugnador de Nestorio. "Sin la obra de Gibbon no habría Draper probablemente colocado a San Cirilo en primera línea como blanco de sus tiros; y si el entrometido químico americano, siguiendo las pisadas del eminente Gibbon, no la hubiese emprendido con San Cirilo, no tendríamos cirilóforos en Colombia", afirma a continuación el señor Caro.

Entra luego el señor Caro a considerar el medio social de Alejandría a principios del siglo IV, para que se comprenda cómo pudo originarse el motín popular que ocasionó la muerte de la célebre Hipatía, suceso que los enemigos del cristianismo han querido atribuir a San Cirilo; narra el hecho conforme con "todos los historiadores serios católicos y anticatólicos" y comenta:

No todos los santos pertenecen a cierto tipo de perfección: desde San Pedro hasta San Hermenegildo hubo muchos que fuera de sazón y con imprudente celo desnudaron la espada. Suponiendo que San Cirilo en un momento de impaciencia hubiese proferido contra Hipatía alguna palabra imprudente que pudo exaltar al pueblo, la supuesta falta no compromete con *mancha imborrable — an indelible stain* — la santidad de San Cirilo, porque falta que no se cometió o que se expió, no es imperdonable. Podemos suponer que pecó San Cirilo, y presumir que se santificó desde que abrió su providencial y aun humanamente admirable campaña contra el nestorianismo. San Cirilo, carácter franco y resuelto, no excusaba responsabilidades; si él hubiese provocado la agresión, hubiera obrado, como siempre, a la luz del día, y no faltaría algún escritor antiguo que le culpase. Si consta, por otra parte, que deseaba reconciliarse con Orestes, y que por los santos Evangelios le convidaba a amistarse, no parece natural que al mismo tiempo promoviese la muerte escandalosa y sangrienta de aquella mujer a quien el prefecto y muchos cristianos trataban con marcada estimación. De aquí la conjetura de Croiset [este autor en el *Año cristiano*, insinúa que el pueblo cristiano de Alejandría suponía que Hipatía era quien instigaba al prefecto Orestes a no aceptar la reconciliación que le proponía San Cirilo]. La que hace Gibbon suponiendo al Patriarca instigador del atentado, no sabemos en qué principio, fuera de una mala pasión, haya de fundarse.

En una nota, Caro aclara que Gibbon cita como fuentes del suceso de la muerte de Hipatía, a Fabricio y a Meursio, eruditos modernos (siglos XVIII y XVII respectivamente), los que a su turno, según dice Caro, bebieron en los Léxicos de Suidas y de Heschío; pero la única fuente antigua es Sócrates y ninguno le cita. Tiene después esta reflexión admirable:

La citación de muchos escritores es un aparato engañoso, cuando no hay más que un autor o testimonio primitivo que, o no merece fe, o no confirma la especie repetida por la fama, *ficti pravi que tenax*... La crítica de las fuentes es el mejor medio de depurar la historia.

Haríamos demasiadamente largo este estudio si siguiésemos paso a paso la pormenorizada crítica que hace Caro al relato de Gibbon, copiado por Draper y aceptado con beneplácito entre los secuaces del libre-pensamiento en Bogotá; pero no resistimos al deseo de ofrecer una nueva muestra de la fuerza razonadora de nuestro eximio compatriota, transcribiendo la contradicción al relato que hizo Gibbon del origen de la controversia entre San Cirilo y Nestorio:

Petavio, consultadas *todas* las fuentes, expone, fundado en *todos* los textos pertinentes al asunto, la historia de la competencia teológica entre San Cirilo y Nestorio. Basta comparar esa relación histórica con las mutiladas correspondientes páginas de la *Historia de la decadencia del Imperio Romano*, para penetrarse de la malignidad con que tejió el historiador inglés esta parte de su grande obra. Casi todos los que después de él, y siguiéndole, han narrado aquellos sucesos, presentan a San Cirilo oponiéndose de repente desde Egipto a la predicación del patriarca constantinopolitano.

Nada más falso. Cuando empezó a predicarse en Constantinopla, con el beneplácito de Nestorio, la nueva herejía, los católicos avisados se alarmaron y resistieron. El día de la Anunciación (año 429) en la gran basílica de Santa Sofía, Proclo, obispo electo de Císica, debía predicar el sermón de la fiesta. El auditorio era inmenso, y Nestorio presidía la solemnidad. El sermón del santo obispo, que se conserva en la colección de los Padres de la Iglesia griega, fue una elocuente apología de la maternidad divina de la Virgen, y el auditorio lo recibió con aplausos. Nestorio subió inmediatamente a la cátedra y rectificó, a su modo, la hermosa doctrina de Proclo, fundándose en que un "niño Dios" daría que reír a los paganos; cobarde argumento de cuantos, negando en su corazón la divinidad de Cristo, sólo a medias la profesaban con los labios. No contento con la afectación hipócrita de aquel lenguaje, autorizó y aprobó en seguida abiertamente la predicación de Doroteo, obispo de Marcianópolis, que desde el púlpito lanzaba furiosos anatemas contra los que invocasen a María como a Madre de Dios. El primer sermón de este fanático adversario de la divina maternidad de la Virgen provocó espantoso tumulto: gran parte del auditorio se desató en clamores, interrumpiendo al orador, y desde entonces muchos se separaron de la comunión del patriarca, juzgándole fautor de la herejía. En especial los monjes todos resistieron la nueva doctrina; se levanta cátedra contra cátedra, cunde el escándalo, y los de uno y otro partido claman por la indicción de un concilio ecuménico.

De estos hechos, que Gibbon consigna en parte, y en parte considerable omite, se deduce claramente que la oposición de Nestorio se inició en Constantinopla, y no en la ambiciosa cabeza de San Cirilo.

Nada más completo como argumentación, como método y como probanza de la infidelidad, para no llamarla mala fe, del relato que Gibbon hace de los sucesos que originaron la candente polémica entre San Cirilo y Nestorio y en la cual aquél triunfó de manera brillante, alcanzando la aprobación integral de su doctrina por el concilio ecuménico de Efeso, la deposición del heresiarca y el destierro final de éste al oasis de Siba.

Tomemos ahora desde otro punto de vista la implacable capacidad razonadora de Caro. Lo hallamos certero e ilustrado en una cuestión meramente literaria, erudito y estupendo en la historia de la Iglesia: probemos si esas facultades resisten también el microscopio de la ciencia. En un artículo no contenido en la edición de sus obras completas, que encontramos de modo casual en el número 60, tomo XI de la revista *Anales de la instrucción pública en la República de Colombia*, correspondiente a julio de 1887, se halla inserta, con el título *El darwinismo y las misiones*, una severa crítica del señor Caro a un *Estudio sobre las tribus del Magdalena*, de que es autor Jorge Isaacs. En este trabajo intelectual el señor Caro no le dejó hueso sano al autor de *María*, salvo los de poeta y literato, como brevemente se revela en este párrafo, que es algo así como un resumen de la materia contenida en el estudio:

El señor Isaacs — dice Caro — hombre de naturaleza vigorosa y activa, ha sido comerciante, periodista conservador por los años de 1868 o 1869, representante de la misma calificación política, radical y cónsul en Chile poco después, desgraciado empresario agrícola a su regreso al Cauca, militar, personaje revolucionario en Antioquia en 1879, explorador *científico* [subrayado] en el Magdalena en 1881 y 1882 en comisión del gobierno, revolucionario luego y ahora contratista del mismo gobierno para la explotación de las carboneras de Riohacha.

Se lamenta Caro de esta versatilidad de Isaacs, porque “hay pecados contra el Espíritu Santo; y en otro orden de ideas, hay pecados contra la poesía que no se perdonan jamás”. El hubiera deseado ver a Isaacs “con su familia, en amena quinta, cual otro Tennyson, libre de la preocupación del *mañana*, cultivando las artes de imaginación, con espíritu sereno y corazón creyente” y no metido a explorador *científico*, incurriendo en errores garrafales que hacen sonreír piadosamente a una persona medianamente informada en etnografía americana. En el precitado *Estudio*, Isaacs se ocupó en muchas cosas y dijo demasiadas tonterías, que Caro le puntualiza rigurosamente, con ese su método formidable para el raciocinio que ya le vamos conociendo. No sería posible detenernos a examinar cada una de las rectificaciones de nuestro eximio compatriota, ni todas convienen al propósito que nos guía en este momento: avalorar la fuerza del raciocinio científico en Caro. Pasamos por alto las críticas no pertinentes para detenernos en el asunto que Caro denomina *La arqueología darwiniana*. Había escrito Isaacs:

Tolerándolo mis lectores muy susceptibles, los partidarios de la teoría darwiniana podríamos *suponer* [subraya Caro] que la figura número 12, mitad simia y de rostro muy raro, es representación de la forma que tuvo el animal, temible como se ve, que precedió al hombre en la escala del perfeccionamiento.

El espíritu zumbón de Caro se ríe al principio de tales alardes científicos de Isaacs:

Es deplorable ver a un verdadero poeta, convertido por arte mágica, como los compañeros de Ulises, en discípulo de Darwin, y discípulo de aquellos que imitan lo más feo del maestro por espíritu de remedo...

Pero a pocas líneas entra en materia. Se hace necesario seguirlo paso a paso para poder abarcar toda la fuerza de su razonamiento. Dice:

Analicemos:

Los partidarios de la teoría darwiniana podríamos suponer... (primer párrafo de Isaacs).

¿Por qué los partidarios de la teoría darwiniana podrían suponer eso? ¿Es decir que una teoría, una hipótesis, autoriza a suponer *cualquier cosa* sin más fundamento que existir tal teoría o hipótesis?

Podríamos suponer que la figura número 12... (continúa Isaacs).

Vamos a ver la figura número 12. Es un perfil de una figura oblonga, como

cuerpo que tiene una como cabeza, con una abertura de donde parte un dardo o lengua como de serpiente. La figura tiene una prolongación lateral que podemos suponer brazo único, y su base es una bifurcación que consiste en dos patas, o en una pata que va a la derecha y una cola hacia la izquierda.

Tal es la figura número 12, ni más ni menos:

La cual — sigue el señor Isaacs — *mitad simia y de rostro muy raro...*

¿Por qué mitad *simia*? (simio querría decir). ¿Se indica que la figura es biforme como los centauros y sirenas? ¿O que es simio a medias y en apariencia? A la verdad el semi-animal, como queda indicado, no es cuadrumano, ni tiene trazas claras de mono del Nuevo ni del Viejo Mundo: ni chimpancé, ni orangután, ni Gibón, ni Sajú cornudo, ni seimiri, ni mono araña. Ni *aquello* es cabeza de mono diana, ni de mono patas de Senegal, ni de babuino. ¿Y el dardo que sale de la hendidura que llamaremos boca? ... En lo que acertó el señor Isaacs fue en la atenuación que puso: es un animal mitad *simia* (simio) *pero de rostro muy raro...* tan raro, que no se halla otro igual en las generaciones vivíparas conocidas.

Es representación de la forma que tuvo el animal, temible, como se ve, que precedió al hombre... (sigue Isaacs).

¿Por qué temible? (continúa Caro). ¿Ni por dónde *se ve* que era temible? El dibujante era tan imperito que no imprimió a sus líneas el aire de lo temible ni de lo risible siquiera. Sería temible una cabeza de alce, de búfalo o de bisonte. Sólo el dardo o lengüeta pudiera indicar algo de temible; pero ya se ve que ese rasgo no corresponde a ningún cuadrúpedo temible.

El animal temible que precedió al hombre en la escala de perfeccionamiento... (sigue Isaacs).

Si aquel animal que precedió al hombre era temible, no podía serlo por otra causa que por sus armas naturales, por sus cuernos, dientes y garras, por su fuerza y agilidad. En ese caso la transformación en hombre no determinó un progreso, porque el hombre como animal, débil e inerme, es inferior a muchos cuadrúpedos, y debió serlo respecto de aquel animal temible. El hombre es poderoso, no por dotes físicas hereditarias, sino por artes de defensa, y de estrategia de su invención. El Señor le dió el dominio de la tierra, dotándole de la inteligencia, con que este sér privilegiado regula la fuerza y subyuga la materia.

El tránsito de un animal antropomorfo como el gorila, a un hombre *verdadero* como Virgilio o Pascal, no es natural, y si lo fuese no supondría escala ascendente en el orden físico, único que reconoce la escuela naturalista a que en mal hora y con poca reflexión se ha afiliado nuestro compatriota.

Hasta este momento, el señor Caro se ha limitado a desmenuzar el desgraciado párrafo de Isaacs, para señalar la incongruencia y la tontería con alardes de reflexión científica. Ahora va a entrar a fondo. Veámoslo:

La teoría darwiniana es una de aquellas aberraciones propias de un especialista maniático. Los que dedican sus vigiliás a un ramo particular de los conocimientos, acostúmbrense a ver las cosas por un solo aspecto, y pierden la visión

del conjunto. Esos hombres son meros *observadores*, buenos para suministrar datos al filósofo, al pensador, pero no para establecer teorías generales. El zoólogo, que no se ocupa más que en confrontar semejanzas y diferencias que sugieren clasificaciones, no verá en el hombre sino un mamífero bípedo. Darwin, descontento con las clasificaciones admitidas por otros naturalistas, se esforzó por simplificarlas, suponiendo sobre una hipótesis vieja, que todos los animales y plantas se derivan de un reducido número de formas primitivas, *acaso de una forma única*, y todas sus modificaciones sucesivas dependen de una ley constante de elección regular (natural selection) de individuos y de razas mejor adaptadas a los tiempos y circunstancias. Y como el hombre es un *animal*, el naturalista, sin contar con Dios, ni con la historia, ni con el hombre mismo, toma ese *animal*, como pudiera tomar un molusco o un cetáceo, y con la mayor naturalidad, tal vez con candor, lo coloca donde mejor conviene a su teoría preconstituida.

Pero si respecto de los animales propiamente dichos se ofrecen al darwinista graves dificultades, por la repugnancia invencible que presenta la naturaleza a fecundar las hibridaciones de animales y a exhibir ante nuestros ojos la imaginada transformación efectiva de sus tipos, respecto del hombre mismo, la experiencia amplia, psíquica y física, desmiente perentoriamente la teoría evolucionista.

En primer lugar, el hombre en su *parte* animal, aun considerado sólo como animal, ostenta la unidad de su especie, y no permite se le confunda con los otros animales. Anatómicamente no hay diferencia entre el negro africano y el blanco europeo. El color, y otras peculiaridades accidentales, dependen de la influencia poderosa que en larga serie de edades ejercen sobre la organización física los climas y demás condiciones materiales. Los híbridos de plantas o de animales no poseen el poder de reproducirse, mientras que los cruzamientos de diversas razas de hombres, son fecundos, lo cual demuestra que no hay híbridos humanos, sino que todos formamos una sola familia, que recibió en herencia todas las zonas; *creced y multiplicaos, y henchid la tierra*. En segundo lugar, este sér idéntico a sí mismo en todo tiempo y región, si tiene una parte que lo asimila a los animales, sin confundirlo con ellos, tiene, además, una parte espiritual, intelectual, que le constituye sér compuesto, esencialmente diverso de todo mero animal. En vano, tratando de debilitar la objeción, los evolucionistas confiesan, como quien no dice nada, que el hombre *habla*, sin reparar que el habla es sólo revelación de una facultad luminosa — la inteligencia. Llevados, nial de su grado, a este terreno, llamarán inteligencia menor a la de los animales, e *inteligencia* mayor a la del hombre, como si usando de un mismo término, pudiesen identificarse la facultad sensitiva y estimativa del animal, con la intelectual propia del hombre, entre las cuales hay diferencia tan esencial, abismo tan profundo, que en ningún tiempo ni en zona alguna el animal más *inteligente* ha dado un solo paso para salvarlo.

La mayor parte de la flora y fauna de América — observa Hubert Bancroft, el eximio etnólogo de California — si se exceptúan las regiones circumpolares, es esencialmente desemejante de las del Viejo Mundo; al paso que el hombre del Nuevo Mundo, aunque lleva trazas de alta antigüedad, es específicamente idéntico a los hombres de las demás razas que pueblan la tierra.

Después de recordar al señor Isaacs la acogida que le dieron los salvajes de la Guajira, acogida benévola que sólo podía esperarse entre seres de una misma naturaleza, y de ironizar con su especial agudeza a propósito de una fábula de Iriarte, Caro sigue desenvolviendo con elevación y ciencia el tramado enlace de sus razones en contra del darwinismo:

La hipótesis de un estado salvaje primitivo por los razonadores del siglo XVIII — los más enclenques razonadores de todos los siglos — y refutada como jugando por De Maistre con la limpieza del gladiador que reserva sus fuerzas para combates formales; esa hipótesis busca a lo menos apoyo en la historia, y en la historia contemporánea; porque todavía hay en el mundo muchas tribus bárbaras y salvajes, y el señor Isaacs ha visitado una de ellas.

De Maistre, dentro de los tiempos históricos, demuestra que el salvaje no es el hombre primitivo, sino el hombre degenerado.

La hipótesis darwinista no tiene fundamento histórico, ni aun fuerza de analogía histórica de ninguna especie. — El supuesto paso del mono al hombre no se ha verificado en ningún tiempo ni región: los hombres han sido hombres siempre y los monos jamás han engendrado hombre, ni homúnculo, ni semi-hombre ninguno. El darwinista coloca ese fenómeno muy lejos, mucho más allá de los tiempos históricos, fuera de todo experimento y de toda tradición.

Isaacs en su *Memoria* insinúa que la figura por él comentada hubiera sido pictografiada como un recuerdo tradicional del animal que formara el puente entre el mono y el hombre americano. Caro rebate:

La tradición requiere dos condiciones indispensables: la identidad de la especie en sucesivas generaciones y su intelectualidad. La tradición es la memoria de la raza humana, o de una rama de ella, como tal raza humana, una misma e inteligente. En la teoría darwiniana hubo una forma primitiva que se transformó lentamente hasta parar en el hombre cual hoy existe. No hubo, según esa teoría, una transición brusca de "animal temible" y deforme, a hombre, como parece que supone el señor Isaacs. En ninguno de los dos casos pudo haber tradición: ni durante la insensible e inconsciente transformación; ni en las relaciones inconcebibles del padre bruto con el hijo inteligente. La tradición, como el lenguaje que lo transmite, supone un estado social permanente.

Como hemos podido apreciarlo plenamente, Caro razona con absoluto conocimiento científico, sobre el debatido problema del origen del hombre y le encontramos informado de manera suficiente en la materia. En una nota al pie de página explica cómo la teoría darwiniana tuvo un predecesor en Lamarck y la del origen atómico y la generación espontánea en Lucrecio y Epicuro; señala las tres hipótesis sobre el origen del hombre: la poligenista, o sea de diversos orígenes geográficos, la de los evolucionistas como Darwin, y la de los monogenistas que sostienen la unidad de la familia humana, afirmada y enseñada por la Iglesia, y, finalmente, indica la bibliografía recomen-

dable en esta materia; pero no debemos olvidar que Caro escribía en 1887. Hoy tal bibliografía es extremadamente copiosa, pero los progresos de los poligenistas o sea los materialistas, sigan o no a Darwin, no han avanzado una línea en el campo experimental. Los primeros estudios de paleontología humana se sitúan, es verdad, después de promediado el siglo xix, y así Caro alcanzó a conocer los pasos iniciales de esa ciencia; pero ella no ha hecho sensibles progresos sino en nuestro siglo xx. La aparición del hombre sobre la tierra no se pensaba que pudiera establecerse más allá de la era geológica contemporánea, fundándose en los relatos históricos, única fuente de que disponían nuestros abuelos, hasta que las investigaciones del subsuelo europeo hechas por Boucher de Perthes, el abate Bourgeois, Chauvet y Rivière, Evans y otros, permitieron pensar en la existencia del hombre cuaternario. El abate Bourgeois, rector del seminario de Pontlevoy, removiendo capas profundas del subsuelo cerca de Thenay, correspondientes al oligoceno, creyó encontrar ciertas piedras calcáreas labradas por la mano del hombre. El suceso despertó gran interés en los círculos dedicados a esa clase de estudios, pues de confirmarse, era necesario alejar en muchos siglos el momento de la aparición del hombre sobre la tierra y aceptar la existencia del hombre terciario. Ya entrado el siglo xx, Verworn, Rutot, Darvent y W. M. Newton en Europa y F. Ameghino en la Argentina, volvieron a remover la cuestión de la posibilidad del hombre en la era terciaria. Ameghino llegó hasta formar una especie de árbol genealógico de la especie humana, para emparentarnos con las especies animales; no nos hizo, es verdad, descender de los simios, como algunos pseudo-sabios han querido hacerlo, pero sí nos dio un abuelo común: el homínideo, de donde se desprendieron, la rama de los simioideos antropomórficos, abuelos de los monos antropomorfos, y el tetraprothomo, el triprothomo, el diprothomo y el protrohomo, que sería el representado por la figura de que habló en 1887 Jorge Isaacs, padre del hombre actual. Pero tanto la hipótesis de las piedras labradas por el hombre terciario que supuso haber encontrado en Thenay el abate Bourgeois, llamadas ostentosa-mente eolitos, palabra formada de las raíces griegas *eos* y *lithos* y que significa nada menos que piedra que vio los orígenes de la humanidad, como la genealogía animal de Ameghino, fueron echadas lastimosamente a tierra por los estudios de Obermaier, Boule, Navet, Schmidt, Sarasin, L. Capitán, Hrdlicka y otros que han dejado inconcusamente demostrado que ni en el terciario de Europa, ni en el de América, ni en ninguno otro, hay vestigios que puedan ser atribuidos en serio a la labor del hombre. Obermaier en su magnífica obra de resumen, *El hombre fósil*, refiriéndose a los supuestos restos del oligoceno de Fayum (Egipto), o sea al *propliopithecus*, al *paleopithecus* de la India, al *pithecanthropus erectus* de Java, al *diprothomus plattensis* de Ameghino, dice que "ninguno de estos tipos puede afirmar-

se que sea la forma precursora del hombre”, y cree que para “continuar sosteniendo una suposición de tal magnitud como la del parentesco directo del pitecanthropus con el hombre, sería necesario poseer por lo menos el cráneo entero con la mandíbula”, pero el “resultado de un detenido análisis de la forma de los restos conservados, está en contradicción con la anterior teoría, dándose, por otra parte, el caso curioso de que este precursor del hombre existiese quizá como coetáneo del homo heidelbergensis, el tipo positivamente humano más antiguo”. Es decir, que la ciencia paleontológica humana, al cabo de más de medio siglo de investigaciones numerosísimas y constantes en todos los sitios de la tierra, confirma y mantiene las conclusiones de nuestro sabio Caro en su magistral respuesta a la superficial y atolondrada *Memoria* del autor de *María*. Notoria muestra del poder adivinatorio del talento y de la fuerza razonadora de una inteligencia sobre la cual no ejerce influencia desviante la imaginación.

Como historiador político, la enfocadora mirada de su mente poderosa desentraña las causas genitoras de los hechos, deduce las consecuencias de motivos que pasarían inadvertidos para muchos historiógrafos superficiales, penetra hasta el fondo mismo de la época que estudia y saca explicaciones que producen admiración al lector. Tiene la gravedad de Tácito y el talento filosófico de Taine. Hablando del general Santander, personalidad estupenda en nuestra historia pero que ha sido semillero interminable de disputas, razona de este modo:

Nosotros hemos visto en Santander una mezcla de militar venezolano y letrado granadino; y las cualidades y defectos de esas dos condiciones, difícilmente conciliables, combinadas en él por una serie de circunstancias especiales, explican en gran parte, a nuestro juicio, así su elevación al rango de segundo y después émulo del Libertador, como los errores de su conducta varia y las contradicciones y las dificultades de la posición ambigua en que se colocó como vicepresidente de Colombia. *El tiempo hizo lo demás.*

Santander era rayano; y sabido es que la comarca donde estaba radicada su familia, y donde él recibió las primeras impresiones de la vida, más pertenece al tipo nacional venezolano que al granadino. No tanto por esta circunstancia, bien que no despreciable para un observador filósofo, nos atrevemos a mirar a Santander como militar venezolano, cuanto por la conducta que siguió y las opiniones que abrazó y profesó abiertamente en la época de la guerra y en la subsiguiente, en que trabajó, aunque con mal éxito, en organizar la república colombiana.

Cuenta en seguida los primeros años de la vida de Santander, sus estudios en San Bartolomé, la época de la contienda emancipadora y la exaltación a la vicepresidencia de Colombia, cuando apenas contaba veintisiete años. Considera luego los fusilamientos de Barreiro y compañeros y razona de este modo:

Difícilmente se hubiera hallado un General granadino que tuviera valor para

ordenar una ejecución semejante; porque los oficiales granadinos, aun en medio de la guerra a muerte, se distinguieron siempre por un corazón humanitario y compasivo. Fue un granadino, el señor Zea, quien primero protestó contra el fusilamiento del 11 de octubre, denunciándolo al congreso de Angostura...

Y a poco agrega:

Nos ha parecido digno de atención aquel acto, por demás conocido y ruidoso, con que inició el General Santander su gobierno, porque sirve grandemente a determinar el carácter personal de este magistrado, sus primitivos entonques políticos, y la tendencia característica de ulteriores administraciones suyas. Cuando el General Santander ordenaba la ejecución solemne de treinta y nueve prisioneros, y cuando más adelante la defendía impugnando en tono enérgico como utopías noveles y perniciosas las "ideas filantrópicas" de Zea, que fueron también las de los próceres de la independencia granadina, demostraba que venía a introducir un sistema militar desconocido en el país, muy diferente del que sirvió a Nariño para rodearse de americanos y españoles, y contrario a nuestro carácter nacional; sistema que si en épocas anteriores pudo alcanzar ventajas en guerra desesperada, no debía producir, y no produjo, sino amargos frutos de discordia, aplicado después de alcanzada la emancipación, a la obra de organizar la república. Iba, pues, más lejos que Bolívar: cuando Bolívar, después de cosechar laureles ensangrentados, dedicaba entre bosques de olivas un monumento a la Amistad, Santander quería llevar adelante la persecución implacable sacándola de su tiempo y de su esfera, y convirtiéndola de necesidad en sistema.

Resume inmediatamente los principales actos sanguinarios de Santander, deduce de ellos las tendencias marcadas de su carácter y vuelve de nuevo al terreno de las reflexiones filosóficas:

Los principios del General Santander en asuntos políticos, no teoría precisada por el estudio y la meditación, sino inspiración de su carácter, y lección de la experiencia, y reflejo también de las ideas del Libertador, eran aquellos que concurrían a establecer gobiernos sólidos y fuertes. En la relación de la campaña de 1819 que en elogio del Libertador escribió y publicó anónima el general Santander en Santafé, leemos: "Seis años empleamos ensayándonos con el sistema federal, y bien a costa de nuestro honor y de nuestras vidas... La experiencia ha confirmado en el General Bolívar la persuasión de que pueblos en revolución a quienes era desconocido el nombre de libertad, no pueden gobernarse por el sistema federal, sino por un gobierno enérgico cuyas providencias no admitan observaciones ni contradicciones". Detestaba la federación; y el mismo doctor Azuero, campeón más adelante de las ideas federativas, que abrazó el General Santander accidentalmente en 1828 como arma de oposición a Bolívar, le ayudaba en 1823 a combatirlas. La palabra "federación" pronunciada en Quito y en Caracas "era capaz de hacerle huir más allá de los mares", porque para él desorden y federación eran sinónimos.

Concluye elevándose a las consecuencias últimas de las acciones humanas en el orden político, con este magnífico párrafo, en el cual se

muestra en toda su magnitud el escritor, el pensador y el historiador profundo:

No: la razón serena no es la única facultad de los hombres, que dotados de sensibilidad ceden muchas veces al impulso de sus pasiones. Ni son el amor a la verdad y la justicia, y la ley del deber, móviles frecuentes en tiempos infelices y revueltos. Relaciones personales y casuales, múltiples errores, el interés que extravía y la pasión que ciega, la ambición imperiosa, la fuerza de las circunstancias que arrastra, entran por mucho para explicar la conducta de los hombres y las evoluciones de la política. Con la historia de los hombres se mezcla misteriosamente el progreso de las ideas; con la lucha de los partidos se entreteje la pugna de los principios; y afiliados a un bando, por interés individual o colectivo, sirven o dañan los hombres, muchas veces sin quererlo ni pensarlo, a la causa de la civilización.

¿No nos parece, que leyésemos un párrafo de *Los orígenes de la Francia contemporánea*?

Inteligencia tan sólidamente formada como la de Caro, debía tener, y lo tuvo en verdad, un concepto claro y exacto del valor de la educación y de su diferencia con la mera instrucción, es decir, que tendría un juicio preciso en materia educativa. Muchos suelen tomar pomposamente el título de pedagogos sólo por haber manoseado unos cuantos libros de pedagogía o haber pasado por las aulas de un establecimiento de formación normalista; pero el verdadero pedagogo no es ése, sino quien, como Caro, tiene una norma segura para la dirección espiritual y mental de la juventud, quien distingue lo accesorio de lo fundamental, lo que es simple ornato de la inteligencia de lo que constituye base sólida moral del hombre en sociedad. Caro nos lo dice en pocas y elegantes frases que, como en otras ocasiones, prueban la fuerza razonadora de su cerebro. Oigámosle exponer la diferencia entre la educación y la instrucción, la supremacía de la primera sobre la segunda y la diferencia entre vana ilustración falta de fondo y la instrucción fundamental que orienta y encauza la vida.

No porque os estimule a que prosigáis sin interrupción ni desfallecimientos vuestros estudios literarios y científicos, habré de principiar proclamando aquí un error funesto que profesan algunos espíritus estrechos en sus miras o desatendidos en sus propósitos. Jamás, jamás os diré con aquellos que a título de propagar las luces fanatizan la instrucción, que la ciencia, en su más alto grado, ni menos cuando es incompleta y superficial, basta por sí sola a formar buenos ciudadanos. No: el saber no es la virtud, ni engendra la virtud, ni suple por la virtud. La filosofía por luminosa y profunda que sea, dice a este propósito el cardenal Newman, no tiene imperio sobre las pasiones, ni motivos que determinen la voluntad, ni principios que vivifiquen las almas...

La virtud es la base de la felicidad privada y pública. Ella es quien educa al niño y catequiza al salvaje; ella quien honra a la mujer, reina del hogar; ella, quien con los vínculos del amor y del respeto forma y protege la familia, único

y sólido cimiento de la sociedad civil. La virtud inculca al hombre sus deberes; enseñale a manejar con pureza los caudales públicos, y a regir con suavidad y prudencia las riendas del Estado. Ella inspira el amor de la patria; por ella nos hacemos superiores a la lisonja y a la amenaza, y rechazamos la injusticia; de ella nace la libertad verdadera; por ella preferimos al aura popular y a los medros personales, el testimonio consolador de la conciencia, la aprobación de los hombres honrados y el juicio incorruptible de la posteridad.

Cuando establezco entre el saber y la virtud una distinción tan esencial como la que existe entre la inteligencia y el corazón, entre la naturaleza que prodiga sus dones a ciegas y la gracia que los beneficia y santifica; entre la luz que colora el mundo exterior, y el calor que fecunda cuanto existe, no es mi ánimo rebajar el mérito del saber, antes bien lo pongo en su punto, para que podáis contemplarle en sí mismo, fijar sus condiciones propias, admirándole sin reserva en su alianza con la virtud, pero observándole al propio tiempo con justo recelo cuando por una aberración lamentable se divorcia de tan amable compañera. ¿Qué valen las purpúreas flores de la poesía cuando con ellas cubrimos y queremos embellecer el vicio? ¿De qué sirven los sonos de la lira destinados a conciliar el sueño de los tiranos? ¿Qué gloria merece el tribuno que inflamando las pasiones populares incita a la multitud a derribar los altares y a trastornar el orden social? ¿Qué respeto ni consideración ha de ganarse el escritor mercenario que falsifica los hechos, e insulta la memoria de aquellos que murieron como buenos por su Dios y por su patria? Pero cante el poeta el amor caballeresco, las esperanzas religiosas, las glorias nacionales; levante el orador su voz en el foro en defensa de la verdad, del honor o de la propiedad, amenazadas por la mala fe, por la calumnia artificiosa y la rapaz codicia; o trueque en la tribuna parlamentaria abogando por los más caros y legítimos intereses sociales; o desde la cátedra sagrada anuncie las verdades eternas, llevando al alma conmovida de sus oyentes la detestación del pecado, el entusiasmo de la fe; constitúyase el historiador en juez severo que venga del olvido la memoria de los buenos y señale en la frente a los malos con sello de reprobación irrevocable; que presente a los contemporáneos ora dechados dignos de imitación, ora ejemplos que mandan el escarmiento; sean, en fin, las letras humanas armaduras de virtud, y entonces brillarán en todo su esplendor, y ostentarán su inmenso poder, y sus dignos servidores llevarán tras sí aplausos de admiración, homenajes de respeto y gratitud profunda.

En todo sistema de educación que no sea anárquico y absurdo, el saber y la virtud fraternizan y mutuamente se completan, siendo la armonía entre uno y otro el bello ideal del mundo de las almas.

¡Cuánto tiempo hace que tales ideas como las expuestas por el señor Caro en lo anteriormente transcrito, no se escuchan en las sesiones de clausura de estudios de ciertos establecimientos de segunda enseñanza! Los tiempos van cambiando y ahora gustan más los ostentosos discursos en los cuales se establece el divorcio del saber y la virtud, porque se estima que aquél lo suple todo, aun cuando sea superficial e incompleto, y ésta es modalidad propia de las desvalidas y moteja-

das mujeres que) consagran los últimos años de su existencia a la oración y la guarda de los mandamientos, sin observar que con semejante conducta la sociedad va a pasos continuados por senderos de perdición y que nada bueno ni grato ni consolador oculta el porvenir entre sus pliegues inescrutables.

¿Pero era, acaso, que Caro condenaba las letras y las ciencias? No, de ningún modo, y el ejemplo de su vida, toda ella dedicada al estudio, da relieve de enorme autoridad a sus palabras. Caro amaba con amor de entraña las letras y solía cultivar con provecho y eficacia las ciencias, según hemos podido observarlo ya. Veámosle razonar sobre la grandeza de las letras, de las buenas letras, se entiende, de aquellas que llevan en sí el lema admirable: *initium sapientiae, timor Domini*.

Si por vocación y con medios que aseguren vuestra independencia os inclináis a la soledad, o si es que las turbaciones políticas y aquellas locuras que de tiempo en tiempo y a manera de epidemias morales contagian la sociedad, os mueven a encerraros en el asilo inviolable del pensamiento, las letras, fieles compañeras, os proporcionarán agradable e inocente entretenimiento, si ya no es que os absorban por completo en serias lucubraciones. En qué tono tan sentido, con qué acento tan íntimo suspiraba Horacio, caviloso y melancólico en la corte de Augusto, por la vida del campo, deseoso de encerrarse en un castillejo rústico y no volver a contar las horas embebecido en la lectura de libros viejos! Cicerón, que consideraba el saber como condición de la felicidad, consagró a las humanidades aquel delicado elogio tantas veces repetido: "Estos estudios — decía — alimentan la adolescencia y recrean a la vejez; añaden lustre a la prosperidad y son refugio y solaz en los contratiempos; nos regocijan si estamos en casa, y fuera de ella en nada nos estorban; con nosotros viajan y veranean". Y el mismo filósofo y orador ilustre, previniendo la nota de excéntrico e inútil ciudadano que alguno pudiese ponerle con motivo de esas aficiones, exclamaba: "¿Quién habrá que me censure si el tiempo que otros dan a frívolas diversiones, a ejercicios corporales, o al juego, a disipaciones de toda clase, ese mismo tiempo lo aporvecho yo para entregarme a estos mis ocios literarios?". Y añadía luego: "Tanto más digno me creo de la indulgencia que pido, cuanto estos ejercicios han sido como la escuela en que me he formado orador para salir, siempre que fue necesario, a defender en público la causa de los amigos que necesitaron el auxilio de mis débiles talentos".

Y prosigue Caro haciendo la apología del estudio, con la altitud de miras y la elocuencia en la expresión que son en él características:

Ahí tenéis, en esas ingenuas frases del orador romano, justificadas plenamente las ocupaciones solitarias del hombre estudioso, porque, en primer lugar, el "otium cum dignitate" como lo llamaron los antiguos, contrasta para honra suya, con la inquietud enfermiza, con las sugerencias criminales de la ociosidad viciosa; y luego, esas labores sedentarias ejercitan en silencio facultades que, llegada ocasión propicia, podrán servir noblemente a la república. Y cuántas veces del incógnito laboratorio de un sabio, del aislado estudio de un literato, de la hu-

milde celda de un monje, no salió algún invento maravilloso, o algún libro de alto precio científico o de exquisito aroma espiritual para utilidad y aprovechamiento y consuelo del linaje humano!

Caro, entre sus múltiples facultades, tenía, como todos sabemos, la de una excepcional comprensión para las cuestiones gramaticales. Su macizo estudio sobre el participio, dejó definitivamente resuelto un punto de gramática castellana que ninguno de sus antecesores había logrado esclarecer. En este trabajo, que es fundamental, así como en otros suyos de menor importancia, se ofrecen múltiples ejemplos de la facultad razonadora que poseía; pero no queremos tomar ninguno de aquéllos, para no hacer demasiado cansado este ya largo ensayo y por reservar un poco las energías de nuestros lectores u oyentes para el examen que necesariamente tendremos que realizar de la facultad filosofadora de nuestro eminente compatriota, porque en la ciencia de las ciencias es en donde más alto vuela su talento singular. Por esto vamos a tomar como modelo del raciocinio del señor Caro en cuestiones gramaticales, una designada por él mismo como cosa pequeña y sin importancia y en la que, además, se sujetó estrictamente a las reglas de la escolástica. Había publicado el señor Caro, firmado con tres asteriscos, un artículo de cortas dimensiones materiales aunque de mucho meollo, en el cual criticó la doctrina sentada por Bello en su gramática sobre el carácter masculino de los vocablos castellanos por razón del significado. Allí dijo el eximio gramático, orgullo de América:

Por razón del significado son masculinos: ... 3º Toda palabra o expresión que sirve de nombre a sí misma.

Caro niega, con ejemplos numerosos y aclaratorios, que pueda una palabra ser nombre de sí misma, y concluye así:

Volviendo a Bello diremos que dormitó en el párrafo 87, número 3º, de su *Gramática castellana*, y que la regla que allí consignó debiera redactarse de nuevo en estos o semejantes términos:

Quando se reproducen letras, palabras o frases, para llamar hacia ellas la atención, aquello que se repite o transcribe se considera como si fuese un sustantivo masculino para los efectos de la concordancia. Tales transcripciones literales, pueden a veces, no siempre, ir precedidas de un artículo o demostrativo como *el, un, ese, aquel*.

Al señor Cuervo, que dejó correr sin notarlo el lugar de Bello a que nos referimos, y al señor Marroquín, que adoptó en su *Ortografía* la explicación que hemos censurado, les diremos con la debida cortesía, imitando a Horacio:

Si tenéis que oponer, hablad, os ruego,
mas si nada objetáis, firmad conmigo.

El señor Marroquín no se mordió la lengua, o mejor dicho, no escatimó la tinta y saltó a la palestra a la defensa de Bello y de sí mismo. Caro hace frente y argumenta:

Proposición. *Las palabras no pueden ser nombres de sí mismas.*

Se prueba. Una cosa no puede ser signo de sí misma. Los nombres cuanto tales nombres, son signos. Luego no pueden serlo de sí propios.

Pruébase la mayor. Con la definición de *signo*. Extraeré en esta parte a San-severino. *Signo*, para valernos de las palabras de San Agustín, es "una cosa que, además de la especie sensible que produce, trae *otra cosa* al pensamiento". Por tanto en todo signo podemos distinguir tres cosas: aquello que sirve para significar, lo que con ello se significa, y cierto principio en virtud del cual, del conocimiento de lo primero pasamos al conocimiento de lo segundo. Así en el *humo*, en cuanto es signo del fuego, distinguimos estas tres cosas: el humo mismo, signo del fuego; el fuego significado por el humo, y la relación entre una y otro, en cuanto el humo es producido por el fuego. Según que esta relación es natural o convencional, el signo se llama asimismo o natural o arbitrario. El humo es el signo natural del fuego. La oliva signo arbitrario de la paz.

De aquí resulta ser esencial al concepto de *signo* la distinción entre el signo mismo y la cosa significada; y que entre ambos ha de haber alguna relación que no puede reducirse jamás a la identidad.

Quien diga que "una cosa es signo de sí misma", o profiere un contrasentido, o ha empleado el término signo con valor impropio, que las leyes históricas e ideológicas del lenguaje rechazan y condenan. Lo mismo daría si en vez de decir que una cosa *se manifiesta* o *se presenta* sencillamente, dijésemos que *se representa* o se sustituye a sí misma.

Ejemplo de semejante absurdo sólo conozco el que en lo político nos ofrece la asamblea de Santander que nombró primer designado para desempeñar la presidencia al que en propiedad la ejercía, declarando implícitamente a aquel magistrado sustituto de sí mismo.

Se prueba la menor. Los nombres reúnen todos los caracteres del signo; son signos, sea que pertenezcan a la clase de los naturales o a la de los arbitrarios, y eso basta para afianzar la consecuencia del argumento.

Pero comoquiera que lo que estoy demostrando es la distinción entre el signo y la cosa significada, y supuesto que entre uno y otro hay más distancia y marcada diferencia cuando el signo es arbitrario, importa notar que las palabras, que sirven de nombres a las cosas, en el estado actual del lenguaje son signos arbitrarios; porque la relación que tienen con los objetos por ellas significados, es en la gran mayoría de los casos desconocida y misteriosa y forman excepción en toda lengua.

La argumentación no puede ser más clara, ni puede estar mejor presentada ni dejar mayor dosis de convencimiento. Leído lo que antecede, se cae en la cuenta de que efectivamente dormitaba en Bello la gran capacidad gramatical y lógica del eximio pensador que tan gigantesco monumento ha dejado a la lengua castellana en su estu-penda *Gramática*.

Pero no podemos dejar de referirnos a la respuesta que Caro dio al señor Marroquín, cuando éste trató de seguir sosteniendo que los vocablos sí pueden considerarse como nombres de ellos mismos. Caro, con su aplastante sentido razonador, lleva casi al ridículo al señor Marroquín. Veámoslo:

Desvíase, pues, de la precisión ideológica, mi amigo-adversario, cuando dice: "Si el nombre de los repiques, de los dobles, o de los cañonazos, fuese respectivamente, un repique, un doble, o un cañonazo, ese sería *el mejor de los nombres*, porque comunicaría de un modo sensible y perfecto la idea que estaba destinado a significar".

Lo cual equivale a esta paradoja:

El mejor modo de *nombrar* una cosa sería *no nombrarla*.

Que en términos más exactos y propios quiere decir:

El mejor modo de dar a conocer una cosa (algunas veces) es presentarla, o producirla, más bien que *significarla* por medio de un nombre.

Hay todavía, más adelante, una argumentación contra Bello y contra Marroquín, que deja fuera de toda posibilidad la insistencia en la peregrina tesis de las palabras nombres de sí mismas:

Añadiré aquí una observación. Bello escribió: *palabras que sirven de nombre a sí mismas*. ¿Por qué no dijo, como pide la gramática y su propia *Gramática*, *palabras que se sirven de nombre a sí mismas*? Porque esta enmienda gramatical disuena. ¿Y por qué disuena? Porque realzando la actividad refleja — el *representarse uno a sí mismo* — pone de relieve la falsedad de la idea que trata de expresarse. El señor Marroquín, al reproducir en su *Ortografía* la explicación de Bello, corrigió: *palabras que se emplean como nombres de ellas mismas*. Ya eso disuena menos. ¿Por qué? Porque la expresión está mitigada, porque disimula mejor la identidad que trata de establecerse entre el signo y la cosa.

Nos resta ahora solamente contemplar la facultad razonadora de Caro en materia filosófica. La sencillez, la claridad, la exactitud, la precisión de su lenguaje, que están indicando la robustez de la mente, el orden de sus ideas, el conocimiento de la materia que dilucida y el buen uso de los vocablos de que se vale, son condiciones excepcionales para la exposición de la doctrina filosófica. Los verdaderos grandes filósofos que en el mundo han sido, se distinguen por esas circunstancias externas características, en contraposición a otros pretensos seguidores de la reina de las ciencias, que ocultan las deficiencias de la mente o el desorden de las ideas con un lenguaje enrevesado y confuso, incomprendible para los demás, signo infalible de la vacuidad del contenido y la inconsistencia del edificio ideológico. Leyendo a Caro, por el contrario, nos admira y encanta la facilidad con que podemos seguir el desarrollo de su pensamiento, la naturalidad del enlace de los argumentos y la luz interior que en nosotros derrama. Muchos podrán hacerse la pregunta de si eso que leen es filosofía, admirados de no en-

contrar tropiezos en la comprensión del sentido, ni necesitar torturarse la mente para desentrañar el contenido recóndito de lo escrito. Caro filosofando nos produce esa misma sensación de alivio y de goce que se experimenta con la lectura de las exposiciones filosóficas de Balme. Sensible es que no hubiera dedicado más tiempo y atención a tales materias, para cuyo desempeño suficiente poseía tan excelentes cualidades y aptitudes. Sin embargo, su estudio sobre el utilitarismo basta para erigirle un monumento perdurable en el poco espigado campo de la filosofía en Hispanoamérica.

Pero dejemos estas consideraciones de carácter general y vengamos al concreto punto de su cualidad razonadora, que por ahora es la que reclama toda nuestra atención. Allí en ese pequeño y muy olvidado librito, se ofrecen ocasiones numerosas para presentar a Caro en su condición de razonador; pero para no extender demasiado este ya fatigoso estudio, nos limitaremos a citar el examen que hizo de lo que él consideraba "el cimiento del edificio utilitario". Entremos en materia:

La fórmula "Bien es placer, mal es dolor", es, por lo visto, una fórmula inexacta, errónea. El elemento placer aislado nada significa: ¿qué vale un placer sin sujeto que sienta, o sin objeto sentido? ¿Qué, un placer de que uno no se da cuenta? Si se quiso decir que el placer concurre con otros elementos a producir el bien, entonces lo que virtualmente se afirma es que el bien es algo distinto del placer, dado que el placer es sólo un elemento de esa totalidad. Si lo que se da a entender es que el bien consiste en que el hombre posea el placer, se afirma virtualmente que el bien es algo distinto del placer, pues el hecho de poseer un objeto no es el objeto mismo, sino una relación de que éste aparece como término. Cualquiera de las dos hipótesis que se acepte, la definición es inadmisibile: o es absolutamente falsa, o no se dijo lo que se quiso que dijese.

El mismo autor de la definición la destruye cuando agrega: "o causa de placer". Si la esencia del bien está en ser placer, la causa del placer no es bien, por no ser el placer su esencia: la causa del placer no es placer. La definición es, pues, contradictoria en sí misma: bien es una idea indivisible; trátase de averiguar lo que lo constituye, lo que lo caracteriza, lo que le es esencial: si lo que le es esencial es ser placer, eso no puede existir antes del placer, no puede existir en su causa, por no ser esencial el atributo placer a aquellas cosas que le dan ocasión. La primera definición queda según esto, abrogada por la segunda; pero el propio Bentham, como receloso de la anulación, intenta a pocas vueltas revalidar aquélla, subordinándole estotra, cuando advierte: "Para el partidario del principio de la utilidad la virtud no es un bien sino a causa de los placeres que de ella se derivan; el vicio no es un mal, sino por razón de las penas que son su consecuencia". Vuélvemos esta advertencia a la primera fórmula. En efecto, si la causa de placer no tiene absolutamente otro elemento de bien que ese placer, éste, y no aquélla es el bien; la virtud, quitado el placer, ya no será bien, pues lo era sólo a causa de ese placer; vuelto a poner el placer, ella torna a ser bien, porque sólo a causa de aquél, puede serlo; luego implícitamente se afirma que

sólo el placer es bién. Absurda manera de definir y de explicar. Con razón dice el célebre Jouffròy (que de paso, no era devoto ni católico): "Bentham es un legista, que no tiene nada de filósofo".

Con lo expuesto basta para que cualquiera caiga en la cuenta de la contradicción ideológica del lema fundamental de la doctrina utilitaria y de la futilidad con que ha sido expresado; pero Caro no se da por satisfecho y pensando que pudiera quedar algún rinconcillo con puerta falsa por donde se le escapase el contendor, arremete de nuevo contra él para dejarlo total y definitivamente vencido:

Disimulemos, empero, la contradicción; demos por nula en la definición la primera parte, admitiendo subsistente la segunda, la más asimilable a la verdad, y, borrada la explicación subsiguiente, examinemos ese grano que así separamos de la paja: "Bién es causa de placer". Esta definición, reconociendo desde luego la diferencia entre bién y placer, y fijando además su relación, es en cierto modo exacta; pero no siendo esencial sino descriptiva, no satisface al entendimiento, y puede inducir a error.

No es lo mismo definir que describir, observa un escritor español. Puede hacerse una descripción exacta en cuanto a que las cualidades que comprende convienen al objeto: sin embargo, esta definición puede muy bien convenir a otros objetos, y por tanto no es propiamente definición. Si decimos que el Tíber es un río que desemboca en el Mediterráneo, que atraviesa una región famosa en la historia, y que tiene en sus orillas una ciudad importante, no hemos dicho más que la verdad; pero todo lo que hemos dicho se aplica con igual exactitud al Arno y al Ródano.

Asimismo cuando decimos que "el bién es causa de placer", es decir, que "el bién reside en lo que se anuncia por placer", no hacemos sino una descripción, no damos sino un indicio. Hay verdad en el fondo, mas no verdad completa. Cierto, generalmente es bién la causa de placer, pero no es eso precisamente lo que averiguamos; todo el mundo lo columbra; la cuestión es: las causas de placer ¿qué son en sí mismas? ¿Cuál es, no ya su anuncio, sino su naturaleza? Siendo, pues, la definición que examinamos, una indicación vulgar, no satisface al entendimiento; siendo además incompleta, induce a error. Porque, si ese placer, ese anuncio de bién no aparece, o aparece delante de un mal (hecho que comprobaremos luego), ¿con qué signo suplir o rectificar según el caso, ese otro signo, el solo que estamos enseñados a interpretar? ¿Esse mismo signo, placer, cómo conoceremos si es bueno? ¿Cómo, si lo es el hecho de poseerlo e interpretarlo? Así la definición de Bentham, después de depurada, es todavía imperfecta como conocimiento, peligrosa como regla.

En otros términos: la definición de Bentham no se refiere sino al orden físico, y aun éste confunde la cosa con un signo contingente. Aceptando que no hubiera más bién que el físico, la definición de Bentham sería tan exacta como la de un economista de la difunta escuela de Quesnay, que diese principio a sus obras con estas palabras: "Riqueza es numerario o causa de numerario". Ciencia de niños es, en una palabra, la filosofía de Bentham; y su aprendizaje un atraso para el que haya aprendido el catecismo.

Mente de excepcional agudeza, presente las objeciones del contendor, y las refuta de antemano. La única grieta que podría quedar a un partidario del utilitarismo de Bentham, acude Caro a cerrarla con su habitual sentido razonador:

Pero se objetará: no teniendo idea clara de lo que es el orden, no siendo evidente, además, que el orden sea el bien mismo, tanto vale hablar de orden como de placer. Por vaga que sea la idea de orden, es más exacta, más característica del bien. Aun cuando el orden no sea el bien mismo, al menos lo constituye; por su constitución podemos decir que conocemos su objeto; por indicios sólo le rastreamos; éstos pueden desaparecer; la constitución, la manera de ser, subsiste igual. Por lo demás la idea de orden va ilustrándose y perfeccionándose naturalmente. Pregúntese a un fisiólogo, a un médico, que han estudiado el bien físico, en qué consiste ese bien. No nos responderán con la vulgaridad: "el bien es causa de placer"; nos dirán que él consiste en tales funciones armónicas de tales elementos organizados, en cierta armonía, en cierto orden. Pregúntese al artista en qué consiste una buena pintura; al matemático, en qué una buena demostración; al moralista, en qué una buena acción. Todos ellos compendiarán sus conocimientos específicos bajo la idea comprensiva *orden*. Esta idea no es por sí sola la ciencia del bien, nótese bien, puede considerarse como su síntesis.

Podríamos seguir a Caro en su examen de la doctrina utilitarista, encontrando a cada paso nuevas y estupendas muestras de su fino espíritu razonador y de la admirable comprensión de que estaba dotado y que le permitía ver con rapidez y exactitud la verdad, la falacia o el error de un raciocinio y por contra los argumentos precisos para sostener aquélla, desvanecer la segunda o rechazar el último. En las cuestiones filosóficas, tales aptitudes naturales se agigantaban en Caro, hasta el punto de llevarnos a la creencia de haber sido él el mayor talento filosofante en nuestra patria y uno de los pocos de la América Hispánica.

Si Caro hubiese vivido en un medio intelectual más denso que el de nuestra patria, si siquiera su vida hubiera corrido en esta época de la radio, de la aviación, de los grandes rotativos, de las ediciones portentosas del libro, su influjo sobre el pensamiento contemporáneo habría superado a muchos de los más renombrados y efectivos ingenios, y su magisterio real sobre las nuevas generaciones, alcanzado de uno a otro confín del mundo de habla castellana, porque poseía la ciencia y el talento suficientes para ello; porque había llegado a una universalidad de conocimientos que a pocos hombres es dado conseguir, ni aun habiendo gozado de una longevidad envidiable. Nos saca verdaderos en este juicio, el examen del epistolario de Caro con Menéndez Pelayo, de reciente publicación. Había el gran polígrafo hispano consultádole a Caro el plan de su *Historia de la literatura americana* y pedídole cooperación para allegar las informaciones necesarias al desarrollo del libro. Caro le escribe una larga carta que es un derrotero completo para la ejecución de la obra, desde los medios

materiales hasta el acopio de las producciones que deben figurar allí, desde la lista de las obras particulares o nacionales que deben ser consultadas, hasta la de las personas que en cada país podían prestarle al autor el concurso de su información, con la crítica de las deficiencias y los errores de las primeras, y las cualidades o defectos de los segundos. Todo lo sabía Caro, todo estaba al alcance de su mano, para todo tenía una pauta, una observación, un juicio. Veamos un párrafo siquiera de esa bella y reconfortante carta, que no dudamos en considerar como uno de los factores que más impulsaron a Menéndez Pelayo a llevar a término su pensamiento:

La revolución que nos ha atormentado (la guerra civil de emancipación) sin descanso, ha hecho guerra tenaz a todo lo tradicional, que no estaba muy bien asentado siempre; de lo que ha resultado no determinarse bien nuestro carácter nacional, y no tener literatura que de este carácter pueda preciarse. Por esto no tenemos poesía dramática en América: líricos infinitos, algunos de primer orden, los más, detestables, unos sin filiación bien definida, otros imitadores de modelos falsos y exóticos. En México dos o tres historiadores eminentes: en Chile bastante investigación histórica, muchos historiógrafos, pero emancipados de la elegancia y la poesía, que, como dijo bien Macaulay, es uno de los componentes de la historia misma. Ya creo que la historia de la literatura americana no admite encadenamiento filosófico ni clasificaciones de escuelas nativas; parte de ella, se ha de referir a la historia peninsular, como brote y apéndice suyo ultramarino; y parte se reduce a la historia de algunos hombres eminentes y originales. Ni sería bien que usted gastase tiempo en esclarecer esterilidades que no merecen estudio. Basta que usted tome los nombres culminantes como centros de investigación biográfica y crítica, echando una rapidísima ojeada, como guía de transición de una cosa a otra, a las partes desiertas o lagunas de nuestro mapa literario. En suma, así como usted no ha escrito la historia de la herejía en España, sino de los heterodoxos, así concibo que aquí no hay más historia literaria que la de nuestros escritores y poetas; y este sistema de exposición, que parece quitar importancia a la materia en el aspecto nacional, se lo da en el literario, haciéndole fácil de tratar agradablemente, porque nada hay que comunique a un relato más hondo interés que la individualización. *Homo sum*... Posible es que hasta cierto punto yo esté engañado, y que escritores que vistos de cerca y sin relación con otros términos de juicio, parecen entre sí del todo diferentes, a distancia presenten semejanzas de familia que permitan clasificarlos. Aun así, creo en general que hay aquí más reinados que escuelas literarias.

¿Y no es este párrafo una muestra, y muy hermosa por cierto, de las cualidades razonadoras y del espíritu generalizador del señor Caro?

No hemos, deliberadamente, considerado a Caro como hombre de partido: están demasiado recientes sus actuaciones para que puedan considerarse sin producir resquemores en las filas de quienes fueron sus adversarios y a quienes fustigó implacable su verbo, y por otra parte, nuestro propio carácter de educador nos veda ese campo tan propicio a los enconos y al desamor; pero para que no quede incom-

pleto este estudio de las cualidades razonadoras de nuestro eminente compatriota, transcribimos el juicio que de él ha dejado escrito una de las más luminosas inteligencias y de los más auténticos prestigios de nuestra época: Guillermo Valencia, quien recibió en ocasión histórica los golpes del gigante:

Pero Caro no era sólo poeta: orador también fue, y era de ver al coloso enfurecido, sacudiendo la soberbia melena, discurrir invicto por el recinto del senado, y soltar su frase destructora, chasqueante como un látigo, luminosa como un relámpago, fatalmente rápida y eficaz como la cuchilla de la guillotina que cae. Sería preciso ver un monstruo de aquellos que la ciencia moderna nombra *acorazados*, para forjarse idea cabal de lo que fuese, idealmente estimado, aquel orador político. Su cerebro era un volcán inflamado y su boca un cráter espantoso. Quien asistió a aquellas lides, no lo olvidará nunca. Brotaban las frases de esos labios tremendos con certeza fatídica: era la lucha de un gigante contra las multitudes. A cada disparo certero y formidable, iban hacia el fondo, una por una, las más gallardas naves de la opuesta escuadra, y ese coloso de la palabra gustaba también de la ironía y se solazaba viendo cómo la barba de su flecha fingía una sonrisa al clavarse temblando en el corazón del contrario. Elocuente, discreto, poderoso, suave, fecundo, sutil, docto, ingenioso, incisivo, vehemente, grande y hábil son los atributos con que Caro supo mostrársenos desde la tribuna.

Una de las más claras inteligencias de la generación contemporánea, ex-ministro de relaciones, en conferencia leída en la Academia de Letras de Río de Janeiro, completó la imagen de Caro como orador parlamentario, con estas certeras palabras:

Años después, cuando majestuosamente colérico, medía a grandes pasos el recinto del senado, increpando al gobierno del señor Marroquín poco antes de la hora infausta de nuestra historia, Caro detuvo, él solo, algún tratado internacional inaceptable para el orgullo de la república, y su ademán jupiterino y su melena revuelta, fueron arrecife inmovible de la nacionalidad, el símbolo de la raza, la esencia de la patria.

Hemos concluido este largo periplo por el océano de la producción multiforme del señor Caro, contribución modesta que por nuestra pluma ofrece la Cartagena de tradiciones intelectuales, la Cartagena de García del Río y de Rafael Núñez, la Cartagena eterna e inmovible, al más grande de los pensadores y de los humanistas de nuestra patria, y tal vez del continente de habla castellana. Llenémonos de júbilo recordando a tan magna figura de las letras, bastante para llenar una época y aurcolar el pensamiento de un pueblo, y hagamos voto de leerlo y amarlo cada día más, como fuente inagotable de inspiraciones sanas, como maestro de nobles disciplinas, como dechado de virtudes cívicas y cristianas. Las naciones son grandes cuando dan de su seno grandes figuras humanas, cuando aportan a la historia y a la civilización, personalidades capaces de difundir la indeficiente luz del pensamiento creador.

G. PORRAS TROCONIS.